¿Existe o no la literatura gay?

Rosamaría Roffiel

Texto leído en las pasadas Jornadas Culturales Gay, en el Museo del Chopo.

Existe o no la literatura gay? ¿Es literatura gay la que trata temas homosexuales, o la que escriben los homosexuales aunque trate sobre bugas? Las preguntas me son familiares. Ya antes quisieron saber: ¿Existe o no la literatura femenina? ¿Y la feminista? Mi respuesta sigue siendo la misma: en mi opinión, sólo hay buena o mala literatura. Tengo la impresión de que eso de "literatura gay" es un intento más por etiquetarnos, a nosotros ya de por sí tan señaladitos.

Y como esta discusión me ha parecido siempre un poco ociosa, prefiero echarme un rollito sobre la importancia y la necesidad de que la gente gay produzcamos, en efecto, literatura buenérrima que nos dé a conocer, que nos refuerce, que nos desatanice, que contrarreste esa nefasta impresión que se insiste en dar de nosotros. Esta noche voy a referirme básicamente a la literatura que toca las relaciones entre mujeres.

Mi experiencia ha sido desagradable, no en cuanto a relaciones amorosas con mujeres se refiere sino a lo que he leído sobre ellas y, claro, a lo que con base en dichos escritos, he visto adaptado en el cine y en el teatro. Como todas, empecé con *El Pozo de la Soledad*, de Radcliffe Hall, en la cual Stephen, la protagonista principal, es abandonada por Mary, quien decide que es mejor hacer una vida "normal" con un ex soldado que seguir adelante con una "pasión equívoca". Stephen, por supuesto, la alienta a ello porque su amor es tan grande que en él cabe el sacrificio.

Yo, que era adolescente y no descubría aún mis claras inclinaciones, suspiré aliviada: "¡uf, qué bueno que a mí-eso-no-me va-a-pasar!"

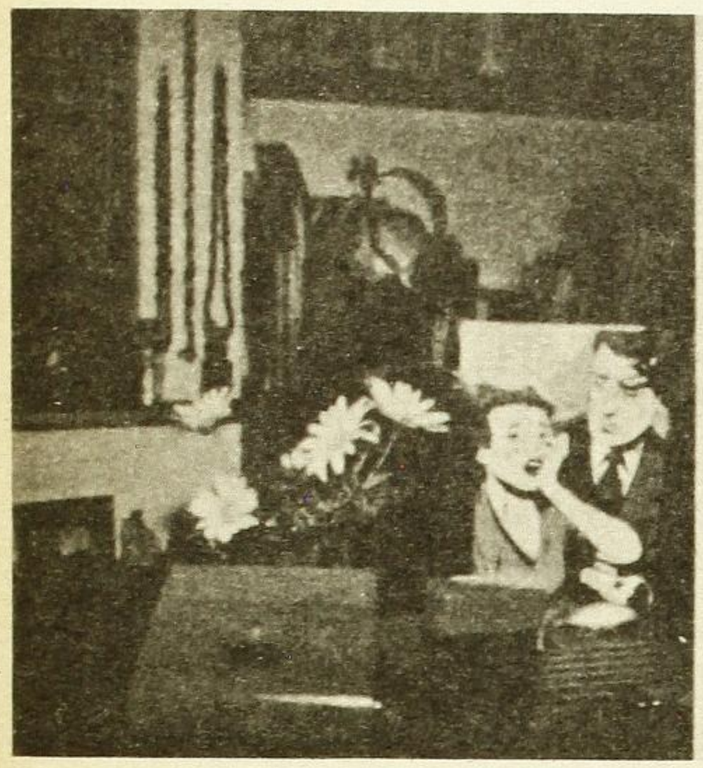
Años más tarde, ya habiendo descubierto que "a-mí-eso-sí-me iba-a-pasar", se me ocurrió ver la versión teatral de *El asesinato de la Hermana George*. Alcoholismo, relaciones de poder, traición y la consabida soledad producto del consabido abandono, son los mensajes con los que me atraganté ahí sentada y desprotegida en la butaca del teatro. Poco después vino *La piel del zorro*, película basada en la novela de D.H. Lawrence y en la cual la felicidad de las dos protagonistas que viven tranquilas en una granja, es interrumpida por la presencia del infaltable galán, gracias al cual una de las dos mujeres regresa a la senda del bien. El compañero Lawrence "resuelve" la situación tirándole un árbol encima a la otra, seguramente para que no sufriera al quedarse sola. También vi, en el cine y en teatro, *Las amargas lágrimas de Petra von Kant*, de Fassbinder. ¿Qué les puedo decir? Lo sombrío del panorama no cambió mucho.

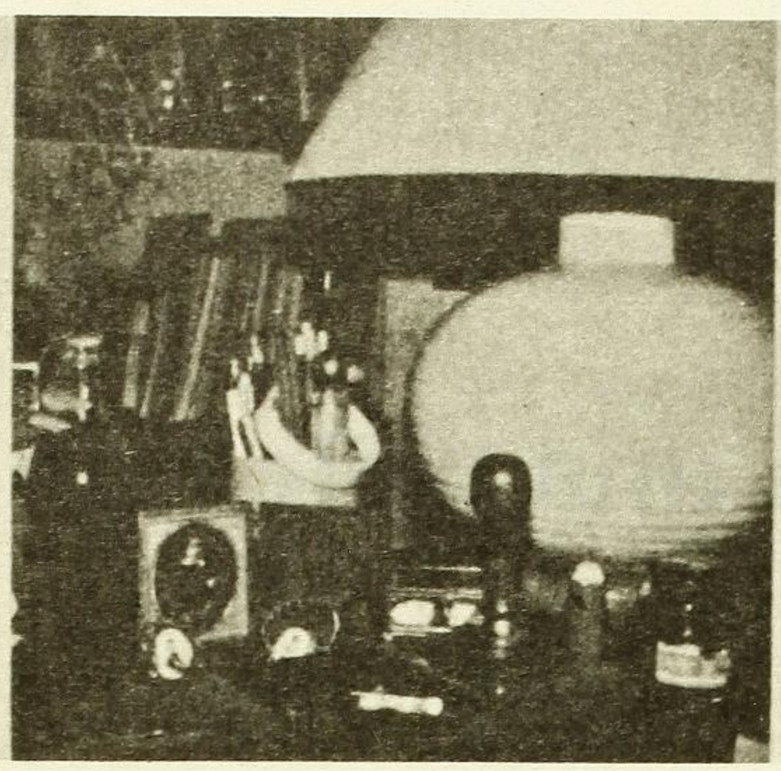
En cuanto a las letras nacionales, confieso que no me he topado mucho con el tema. Puedo mencionar *Figura de paja*, novela de Juan García Ponce, en la que Leonor, la personaja central, acaba suicidándose, y, *El día que pisamos la luna*, obra de Nancy Cárdenas que aunque no nos favorece mucho al presentar a Marina como vil machín mexicano, ofrece por lo menos la perspectiva de desaprender comportamientos ancestrales e inventar nuevos tipos de relación.

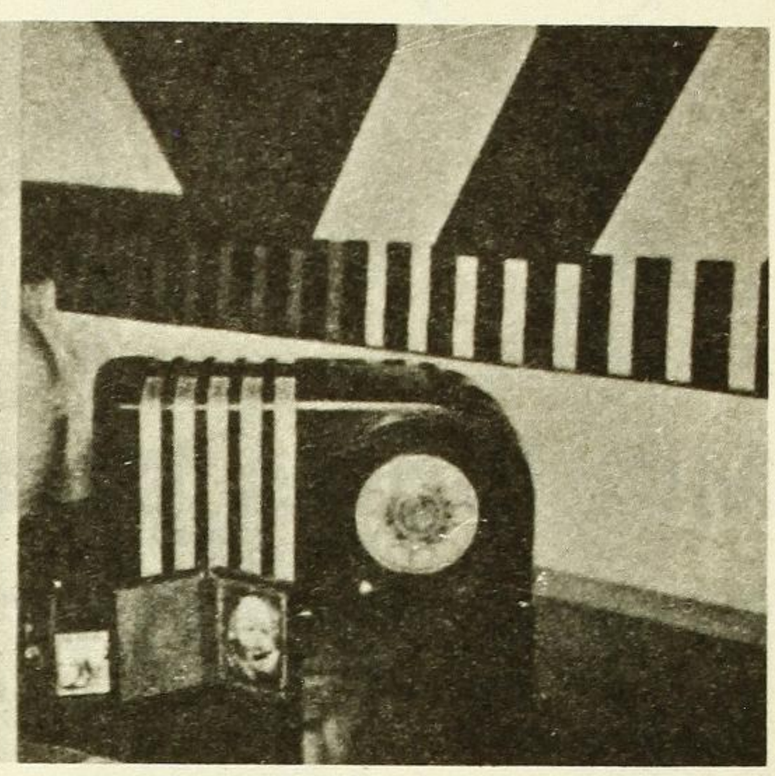
Después de leer y ver toda esa gama de maravillas que le esperan a una si se decide a vivir su lesbianismo, me imagino que las mujeres con inquietudes al respecto, huyen despavoridas, mientras que las que se autodeclaran "bugas" por sobre todas las cosas, viajan hasta la Villa a dar gracias por no acabar como esas perdidas, además de que el público en general regresa a su casa o cierra su libro con la única e irrefutable idea de que toda relación entre mujeres termina necesariamente en alcoholismo, suicidio, abandono, homicidio, traición o soledad.

En los últimos años he leído varios libros de cuentos de autoras básicamente norteamericanas e inglesas que destilan también sabor a tragedia. Encuentros agradables fueron *Frutos de rubí*, de Rita Mae Brown, y *El color púrpura* de Alice Walker, novelas en las que salimos bastante bien libradas. En México, el panorama sigue desierto, al parecer, las lesbianas se dedican a la arquitectura, a la contabilidad, a vender seguros o a lo que sea menos a escribir. En lo que se refiere a la poesía, sólo conozco a las tres locas que, año tras año, acudimos religiosamente a la Semana Cultural Gay para decir nuestros versos.

Como ven, la situación es crítica y por eso hay que hacer algo. Algo como escribir poesía, cuentos, novelas, obras de teatro, pintar, escul-



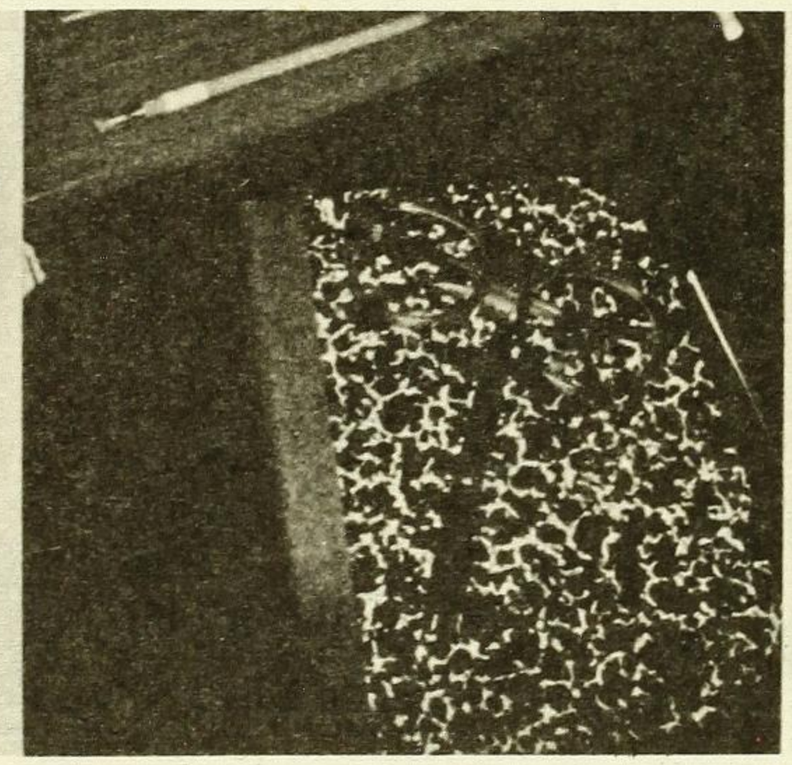


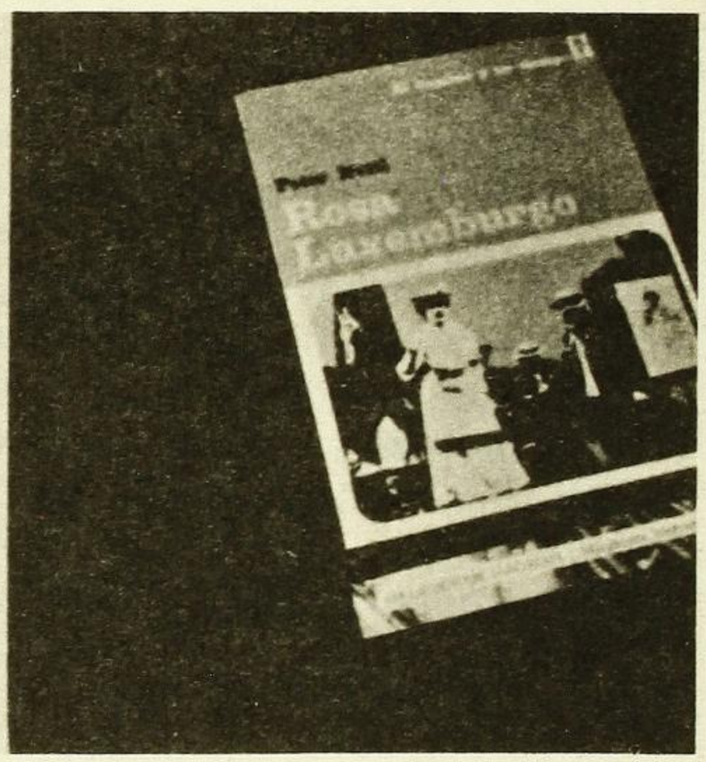


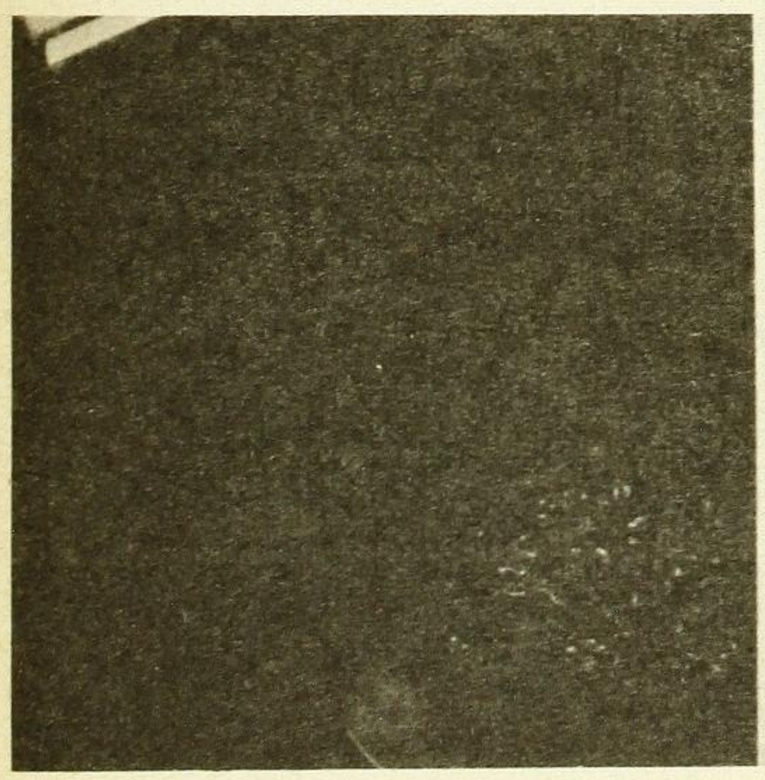
pir, componer música, inventar palabras, imágenes, sonidos. Empezar a compartir con el mundo la parte bella del amor entre mujeres.

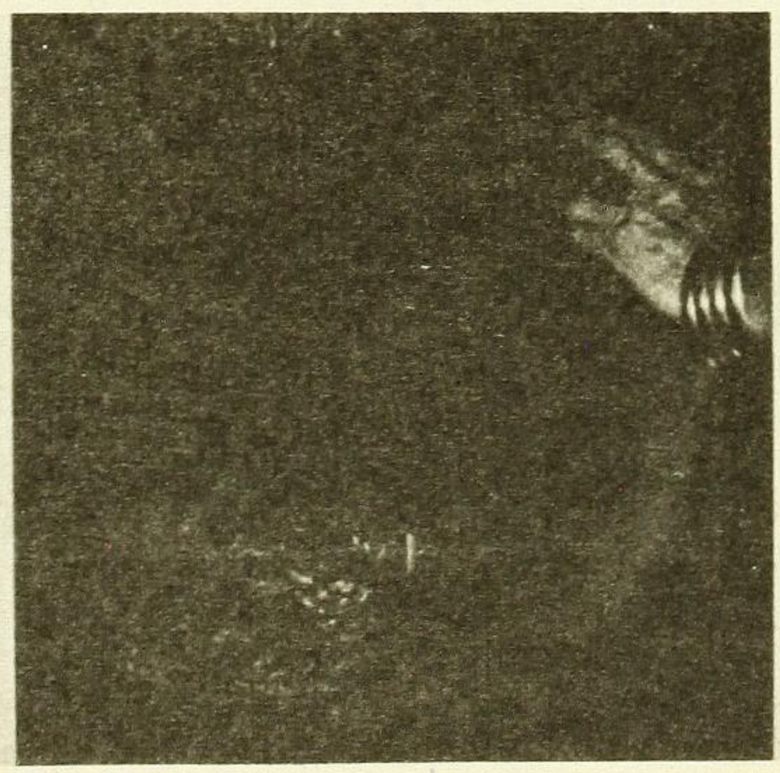
No se trata de fomentar el sectarismo y mucho menos de contribuir a la parcialización y clasificación de la realidad social, pero sí de demostrar que las relaciones amorosas entre mujeres dan cabida a la expresión de nuestra sensibilidad como personas que se atreven a hacerle caso a sus propias emociones y sentimientos.

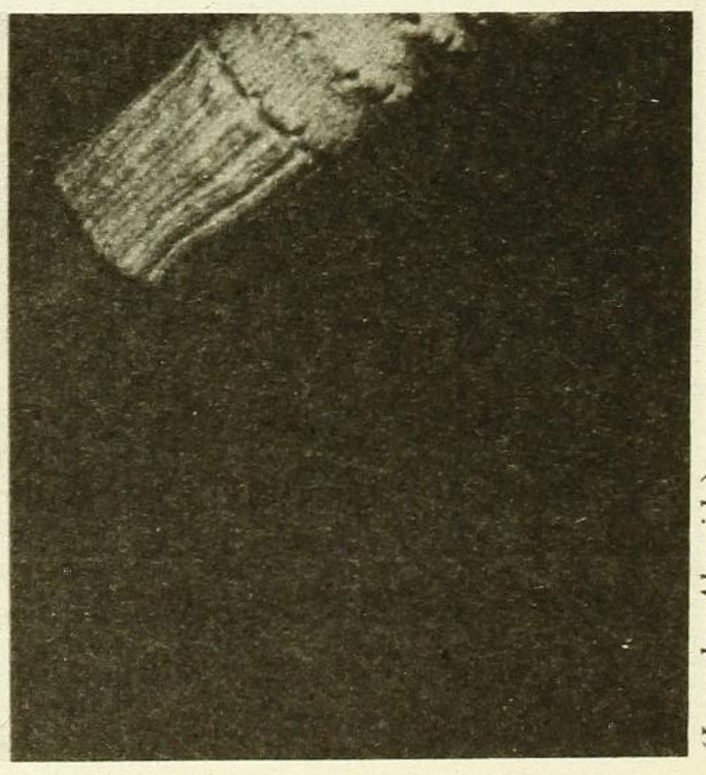
Estoy consciente de que al principio nuestros poemas no saldrán en los suplementos culturales de la prensa nacional, que nuestros cuentos no se los pelearán las editoriales capitalinas ni nuestras obras de teatro serán estrenadas en las mejores salas, y por supuesto, jamás serán adaptadas en televisión. Estoy consciente, repito, de que todo nos costará más trabajo, pero ya sabemos que somos pioneras en esto de salir del closet y, finalmente, también sabemos que es parte de nuestra militancia y de nuestra lucha, como mujeres y como lesbianas.











(*Lourdes Almeida*)